

Era día de escuela en el disneylandia de Kenia. Cinco niños de nueve años estaban visitando con su maestro la sección de mecánica, donde Fingal se hallaba tendido en la mesa de grabación, la parte superior de su cráneo quitada, mirándoles por medio de un espejo. Fingal estaba de mal humor (de ahí su viaje al disneylandia), y hubiera pasado muy bien sin los niños. El maestro estaba haciendo todo lo que podía, pero ¿quién puede controlar a cinco niños de nueve años?

- ¿Para qué es el gran cable verde, maestro? - Preguntó una niña, alzando una mano dudosamente limpia y tocando el cerebro de Fingal allí donde el cable principal de grabación se hundía en la terminal empotrada.

- Lupus, ya te he dicho que no toques nada. Y mírate, ni siquiera te has lavado las manos.

El maestro tomó la mano de la niña y la apartó.

- Pero ¿qué importa eso? Usted nos dijo ayer que la razón por la que no hay que preocuparse hoy en día por la suciedad como se preocupaban antes es porque ya no es suciedad.

- Estoy seguro de que no te dije exactamente eso. Lo que dije fue que cuando los humanos se vieron obligados a salir fuera de la Tierra, aprovecharon la ocasión para eliminar a todos los gérmenes nocivos. Cuando quedaron solamente tres mil personas vivas en la Luna, después de la Ocupación, nos resultó fácil esterilizarlo todo. Por eso la médica no necesita llevar guantes como acostumbraban a hacer antes los cirujanos, o ni siquiera lavarse las manos. No hay peligro de infección. Pero no es educado. No deseamos que ese señor crea que no estamos siendo educados con él, simplemente porque su sistema nervioso está desconectado y no puede hacer nada al respecto, ¿no?

- No, maestro.

- ¿Qué es un cirujano?

- ¿Qué es una infección?

Fingal hubiera deseado que los pequeños monstruitos hubieran elegido otro día para

su lección, pero como muy bien había dicho el maestro, él podía hacer muy poco al respecto. La médica había desviado su control motor al ordenador mientras éste efectuaba el registro. Estaba paralizado. Observó al niño pequeño que llevaba un bastón tallado, y esperó que no se le ocurriera clavárselo en el cerebelo. Fingal estaba asegurado, pero ¿quién quiere problemas?

- Todos vosotros, retroceded un poco, para que la médica pueda hacer su trabajo. Así está mejor. Ahora, ¿quién puede decirme qué es ese gran cable verde? ¿Destry?

Destry confesó que no sabía nada al respecto, ni le importaba, y que lo único que quería era salir de allí y jugar a la pelota. El maestro lo olvidó y siguió con los demás.

- El hilo verde es el electrodo principal de sondeo - dijo -, está unido a una serie de cables muy finos en la cabeza del hombre, como los que tenéis vosotros, y que son implantados tras el nacimiento. ¿Puede alguien decirme cómo se efectúa un registro?

La niña de las manos sucias fue quien respondió:

- Haciendo nudos en una cuerda.

El maestro se echó a reír, pero no la médica. Había oído ya aquello antes. El maestro también, por supuesto, pero para eso era maestro. Tenía la paciencia necesaria para tratar con los niños, una rara cualidad que cada vez poseían menos personas.

- No, eso es simplemente una analogía. ¿Todos sabéis decir "analogía"?

- Analogía - repitieron a coro.

- Estupendo. Lo que yo os he dicho es que las cadenas de AFFN son muy parecidas a cuerdas llenas de nudos. Si cada milímetro está codificado y cada nudo tiene un significado, uno puede escribir palabras sobre una cuerda haciendo nudos en ella. Eso es lo que hace la máquina con el AFFN. Ahora... ¿puede explicarme alguien lo que significa AFFN?

- Ácido Ferro-Foto-Nucleico - dijo la niña, que parecía ser el genio de la clase.

- Correcto, Lupus. Es una variante del ADN, y puede ser anudado mediante campos magnéticos y luz, y activado mediante cambios químicos. Lo que está haciendo ahora la médica es hilvanar largas tiras de AFFN en los pequeños tubos que se hallan en el cerebro del hombre. Cuando eso esté hecho, conectará la máquina y la corriente empezará a hacer nudos. ¿Y qué ocurrirá entonces?

- Todos sus recuerdos pasarán al cubo memoria - dijo Lupus.

- Exacto, pero es un poco más complicado que eso. ¿Recordáis lo que os dije acerca de un código desdoblado? ¿El tipo que tiene dos partes, ninguna de las cuales sirve para nada sin la otra? Imaginad dos de las hebras, cada una con un montón de nudos en ella. Bien, intentáis leer una de ellas con vuestro decodificador, y descubrís que no tiene el menor sentido. Eso es debido a que quien la escribió utilizó dos hebras, con nudos hechos en distintos lugares. Solamente adquieren sentido cuando las colocas una al lado de la otra y las lees así, juntas. Así es como funciona este decodificador, pero la médica utiliza veinticinco hebras. Cuando todas ellas están anudadas de la forma correcta y colocadas en aberturas adecuadas en ese cubo de ahí - dijo señalando al cubo rosa sobre el banco de trabajo de la médica -, contendrán todos los recuerdos y la personalidad de este hombre. En cierto sentido, todo él estará en el cubo, pero él no lo sabrá, porque hoy estará siendo un león africano.

Aquello excitó a los niños, que hubieran preferido mucho más pasearse por la sabana de Kenya que oír cómo se tomaba un multiholo. Cuando se tranquilizaron el maestro prosiguió, utilizando analogías que eran cada vez más forzadas:

- Cuando las hebras se hallan en... niños, prestad atención. Cuando se hallan en el cubo, una corriente las mantiene en su lugar. Lo que tenemos entonces es un multiholo. ¿Puede decirme alguien por qué no podemos simplemente tomar una grabación de lo que está ocurriendo en el cerebro de este hombre, y utilizarla?

Por una vez, fue uno de los chicos quien respondió:

- Porque la memoria no es..., ¿cuál es la palabra?

- Secuencial.

- Ajá, eso es. Sus recuerdos están almacenados un poco por todas partes en su cerebro, y no hay forma de hacer una selección. Por eso este registro toma una imagen de la totalidad, como un holograma. ¿Significa eso que uno puede cortar el cubo por la mitad, y conseguir así dos personas?

- No, pero ésa es una buena pregunta. No se trata de ese tipo de holograma. Es algo como..., como cuando tú aprietas tu mano contra un bloque de arcilla, pero en cuatro dimensiones. Si rompes una parte de la arcilla una vez se ha secado, pierdes parte de la información, ¿de acuerdo? Bien, esto es algo parecido. No se puede ver la huella de la impresión porque es demasiado pequeña, pero todo lo que ese hombre haya hecho, visto, oído y pensado en toda su vida está en el cubo.

- ¿Quieren apartarse un poco hacia atrás? - solicitó la médica. Los niños en el espejo sobre la cabeza de Fingal retrocedieron, convirtiéndose en algo más que simples cabezas cortadas al nivel de los hombros. La médica ajustó la última hebra de AFFN suspendida en el córtex de Fingal según las estrictas normas de tolerancia

especificadas por el ordenador.

- Me gustará ser médico cuando sea mayor - dijo uno de los chicos.

- Creía que deseabas ir a la universidad y estudiar para ser un científico.

- Bueno, quizá. Pero tengo un amigo que me está enseñando mecánica. Parece mucho más fácil.

- Será mejor que te quedes en la escuela, Destry. Estoy seguro que tus padres desearán que hagas algo por ti mismo.

La médica estaba echando humo silenciosamente. Sabía que no debía hablar; la educación era un asunto serio, y la interferencia con la labor de un maestro traía consigo una buena reprimenda. Pero se mostró obviamente complacida cuando la clase le dio las gracias y cruzó la puerta, dejando sucias huellas de pisadas tras ellos.

Accionó un interruptor con más brusquedad de la necesaria, y Fingal descubrió que podía respirar y mover los músculos de la cabeza.

- Sucios y engreídos graduados universitarios...- dijo la mujer - ¿Qué demonios hay de malo en tener las manos sucias, me pregunto?

Se secó la sangre de las manos con su blusón azul.

- Los maestros son los peores - dijo Fingal.

- Tiene usted toda la razón. Bueno, ser médica no es nada de lo que una deba avergonzarse. De acuerdo, no he ido a la universidad, ¿y qué? Puedo hacer mi trabajo, y puedo ver lo que he hecho cuando he terminado. Siempre me gustó el trabajo manual. ¿Sabe usted que la de médico era una de las profesiones más respetadas?

- ¿De verás?

- Se lo aseguro. Tenían que ir a la universidad durante años y años, y se hinchaban de ganar dinero, puede creerme.

Fingal no dijo nada, pensando que debía de estar exagerando. ¿Qué había que fuera tan difícil en la medicina? Sólo un poco de sentido mecánico y una mano firme, eso era todo lo que se necesitaba. Gran parte del mantenimiento de su propio cuerpo lo efectuaba él mismo, dejando a la consulta únicamente el trabajo importante. Y eso era una buena cosa, vistos los precios que cargaban. De todos modos, no era el tipo de cuestión que uno podía discutir mientras se hallaba tendido indefenso en una mesa.

- De acuerdo, ya está listo.

La médica extrajo los módulos que contenían el invisible AFFN y los introdujo en la solución de desarrollo. Volvió a colocar el cráneo de Fingal en su sitio y apretó los tornillos encajados en el hueso. Le devolvió el control motor mientras volvía a soldar en su lugar el cuero cabelludo. Fingal se desperezó y bostezó. Siempre sentía sueño en la consulta del médico; no sabía por qué.

- ¿Eso es todo por hoy, señor? Tenemos una promoción en cambio de sangre, y puesto que está usted aquí en vez de hallarse paseando por el parque, tal vez podría...

- No, gracias. Ya la cambié hace un año. ¿No ha leído usted mi historial?

Ella tomó la tarjeta y le echó una ojeada.

- Ah, sí, lo hizo. Estupendo. Puede usted levantarse, señor Fingal.

Hizo una anotación en la tarjeta y volvió a dejarla sobre la mesa. En aquel momento se abrió la puerta y un pequeño rostro asomó.

- Olvidé el bastón - dijo el chico.

Entró y empezó a mirar debajo de los muebles, ante la irritación de la médica. Intentó ignorarlo mientras tomaba nota del resto de la información que necesitaba.

- ¿Y va a usted a experimentar sus vacaciones ahora, o esperará hasta que su doble haya terminado y se las transmita?

- ¿Eh? Oh, quiere decir... Sí, entiendo. No, entraré directamente en el animal. Mi psiquiatra me aconsejó que viniera aquí a causa de los nervios, así que no me va a hacer ningún bien esperar ahora, ¿no?

- No, supongo que no. Así que usted dormirá aquí mientras su doble se pasea por el parque... ¡Eh, tú! - Se volvió para enfrentarse con el muchacho, que estaba metiendo la nariz en cosas de las que debía permanecer alejado. Lo agarró y lo apartó -. O encuentras en un minuto lo que has venido a buscar, o te echo de aquí, ¿entiendes?

El chico prosiguió su búsqueda, riéndose a escondidas y mirando hacia cosas más interesantes que la búsqueda de su bastón.

La médica hizo unas comprobaciones en la tarjeta, echó un vistazo a los números luminosos de la uña de su pulgar, y descubrió que ya casi era la hora del cambio de turno. Conectó el tubo memoria por medio de una máquina a una terminal en la parte de atrás de la cabeza de Fingal.

- Usted nunca había hecho antes, ¿verdad? Su finalidad es evitar las lagunas, que a veces pueden resultar desconcertantes. El cubo está casi listo, pero ahora añadiré los últimos diez minutos a registro al mismo tiempo que lo pongo a dormir. De esa forma no experimentará usted ninguna desorientación, pasará del estado de sueño a la plena consciencia de hallarse en el cuerpo de un león. Su cuerpo será trasladado a una de nuestras salas de durmientes mientras usted esté fuera. No hay nada de qué preocuparse.

Fingal no estaba preocupado, solamente cansado y tenso. Deseaba que todo aquello hubiera terminado ya y no tener que seguir hablando y hablando del asunto. Y deseaba que el chico dejara de dar golpes con su bastón a la pata de la mesa. Se preguntó si su dolor de cabeza también sería transferido al león.

Ella lo desconectó.

Trasladaron su cuerpo, y llevaron su cubo memoria a la sala de instalaciones. La médica echó al chico al corredor y desconectó todos los instrumentos de la sala de grabación. Tenía una cita, e iba ya retrasada.

Los empleados del disneylandia de Kenya instalaron el cubo en una caja de metal injertada en el cráneo de una leona africana adulta. Debido a la estructura social de los leones, los propietarios cargaban un suplemento por el uso de un cuerpo macho, pero a Fingal no le importaba el sexo.

Un corto viaje por un ferrocarril subterráneo con el cuerpo lleno de sedantes de la leona- Fingal, y ésta fue depositada bajo el cegador sol de la sabana de Kenya. Fingal despertó, olisqueó el aire, y se sintió inmediatamente mejor.

El disneylandia de Kenya era un ambiente total enterrado a unos veinte kilómetros por debajo del Mare Moscoviense, en la cara lejana de la Luna. Era aproximadamente circular, con un radio de doscientos kilómetros. Desde el suelo hasta el "cielo" había dos kilómetros, excepto por encima de la réplica a tamaño natural del Kilimanjaro, donde formaba una especie de cúpula para permitir que las nubes se formaran de una forma realista sobre su cima cubierta de nieve.

La ilusión era irreprochable. La curva del suelo era consistente con la curvatura de la Tierra, de modo que el horizonte era mucho más distante que cualquier cosa a la que Fingal estuviera acostumbrado. Los árboles eran auténticos, y también todos los animales. Por la noche un astrónomo hubiera necesitado un espectroscopio para distinguir las estrellas de las auténticas.

Fingal, por supuesto, no era capaz de descubrir ningún fallo. Ni tampoco deseaba hacerlo. Los colores eran extraños, pero eso procedía de las limitaciones de la óptica

felina. Los sonidos eran mucho más vívidos, del mismo modo que los olores. Si hubiera pensado el ello, se habría dado cuenta de que la gravedad era demasiado débil para Kenya. Pero no estaba pensando en ello; había acudido allí para evitar todo eso.

El tiempo era gloriosamente cálido. La reseca hierba no hacía ningún sonido mientras caminaba sobre ella con patas acolchadas. Olió a antílope, a ñu y a... ¿babuino? Sintió retortijones de hambre, pero realmente no deseaba cazar. Sin embargo, se dio cuenta de que el cuerpo de la leona tomaba la delantera.

Fingal se hallaba en extraña posición. Controlaba a la leona, pero sólo relativamente. Podía guiarla hacia donde deseaba ir, pero no tenía nada que decir respecto a sus comportamientos instintivos. Era un peón, del mismo modo que lo era la leona. En cierto sentido, él era la leona; cuando deseaba alzar una pata o dar media vuelta, simplemente lo hacía. El control motor era completo. Era grandioso caminar sobre cuatro patas, y hacerlo tan fácilmente como respirar. Pero el olor del antílope seguía un camino directo desde la nariz al cerebro inferior, conectaba con los retortijones de hambre e iniciaba automáticamente la caza.

La guía decía que había que rendirse a ello. Luchar no le haría ningún bien, y podía frustrarle. Si uno pagaba por ser un león, debía leer el capítulo de "Cosas que hay que hacer", a fin de ser realmente un león, y no limitarse a llevar el cuerpo de un león y ver un poco el paisaje.

Fingal no estaba seguro de que aquello fuera a gustarle cuando avanzó a favor del viento en dirección al antílope y se agazapó detrás de unos matorrales secos. Se lo preguntó mientras examinaba la docena o así de animales que pastaban apenas a unos pocos metros de él, seleccionando a los más pequeños, a los débiles y a los jóvenes con ojo predador. Quizás debiera darles la espalda y seguir su camino. Aquellas hermosas criaturas no estaban causándole ningún daño. La parte Fingal de él deseaba admirarlas, no devorarlas.

Pero antes de que se diera cuenta siquiera de lo que había ocurrido, estaba erguido triunfante sobre el sangrante cuerpo de un pequeño antílope. Los otros eran apenas rastros polvorientos en la distancia.

¡Había sido increíble!

La leona era rápida, pero sus movimientos apenas alcanzaban la cámara lenta con relación a los del antílope. Su única ventaja residía en la sorpresa, la confusión, y el ataque brusco y repentino. Una cabeza se había alzado; algunas orejas habían aleteado hacia los matorrales donde se estaba ocultando, y él había estallado. Diez segundos de furioso esfuerzo y sus dientes se habían clavado en una suave garganta, había sentido el sabor de la sangre brotando a chorro y las agónicas patadas de las patas traseras bajo sus garras. Respiraba pesadamente y la sangre martilleaba en sus

venas. Sólo había una forma de liberar la tensión.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió su sed de sangre.

Al terminar la semana ya estaba harto de leones. Aquella vida no valía la pena por unos pocos minutos de borrachera asesina. Era una vida de interminables persecuciones, incontables fracasos, luego un lamentable debatirse para conseguir unos cuantos bocados de su propia presa. Descubrió muy a su pesar que aquella leona estaba muy abajo en la jerarquía de los de su clase. Cuando trajo su presa a su manada -él no sabía por qué lo había hecho, pero la leona sí parecía saberlo-, le fue robada de inmediato. Él/ella se sentó a un lado, impotente, y observó al dominante macho tomar su parte, seguido por el resto de la manada. Cuatro horas más tarde le dejaron tan sólo unos tristes despojos, y aún éstos tuvo que disputárselos a los buitres y a las hienas. Entonces comprendió el porqué del suplemento. Los machos lo tenían todo más fácil.

Pero tuvo que admitir que valía la pena. Se sintió mejor; su psiquiatra había tenido razón. Era bueno abandonar los insaciables ordenadores de su oficina durante una semana para dedicarse a vivir. No había que tomar complicadas decisiones allí fuera. Si tenía alguna duda, escuchaba sus instintos. Sólo que la próxima vez escogería un elefante. Los había estado observando. Todos los demás animales los dejaban tranquilos, y podía ver por qué. Ser un macho solitario, libre de vagar por donde quisiera, con la comida al alcance de su trompa en la rama más cercana...

Estaba pensando todavía en aquello cuando el equipo de recogida acudió a por él.

Se despertó con la vaga sensación de que algo estaba mal. Se sentó en la cama y miró a su alrededor. Nada parecía estar fuera de lugar. No había nadie en la habitación con él. Sacudió la cabeza para aclarársela.

Aquello no le hizo ningún bien. Seguía habiendo algo que iba mal. Intentó recordar cómo había ido a parar allí, y se rió de sí mismo ¡Su propio dormitorio! ¿Qué había de extraordinario en ello?

Pero ¿acaso no había ido de vacaciones, un viaje de fin de semana? Recordó haber sido un león, comer carne cruda de antílope, ser arrastrado con la manada, luchar con las demás hembras y perder, y retirarse para gruñir aparte para sí mismo/a.

Naturalmente, debería haber recuperado su consciencia humana en la sección médica del disneylandia. No podía recordarlo. Alargó la mano hacia su teléfono, sin saber a quién deseaba llamar. A su psiquiatra, quizá, o a la oficina de Kenya.

- Lo siento, señor Fingal - le dijo el teléfono - Esta línea no está disponible para llamadas al exterior. Si usted...

- ¿Por qué no? - preguntó irritado y confuso - He pagado mi factura.

- Eso no corresponde a nuestro departamento, señor Fingal. Y por favor, no interrumpa. Ya es bastante difícil mantener la comunicación con usted. Estoy debilitándome, pero el mensaje proseguirá si mira usted a su derecha.

La voz y el fuerte zumbido que la acompañaban se desvanecieron. El teléfono estaba muerto.

Fingal miró a su derecha y se sobresaltó. Allí había una mano, una mano de mujer, escribiendo en la pared. La mano desaparecía a la altura de la muñeca.

"Mene,mene", escribió, en finas letras de fuego. Luego la mano se agitó irritadamente y borró aquello con el pulgar. La pared quedó como tiznada de hollín allí dónde habían estado las letras.

"Está usted proyectando, señor Fingal - escribió la mano, grabando rápidamente las palabras con una manicurada uña -. Esto es lo que usted esperaba ver. - La mano subrayó la palabra "esperaba" tres veces -. Por favor, coopere, aclare su mente, y vea lo que está escrito aquí, o no vamos a llegar a ninguna... Maldita sea, ya casi he agotado este soporte."

Y realmente lo había agotado. La escritura llenaba toda la pared, y la mano estaba ahora rozando el suelo. La aparición fue escribiendo cada vez más y más pequeño, en un esfuerzo por hacer caber todo el mensaje.

Fingal tenía un excelente control de la realidad, según su psiquiatra. Se aferraba fuertemente a esa evaluación como si fuera un talismán mientras se inclinaba hacia la pared para leer la última frase.

"Mire en su librería - escribió la mano - El título es Orientación en su mundo de fantasía.

Fingal sabía que no tenía aquel libro, pero no podía pensar en nada mejor que hacer.

Su teléfono no funcionaba, y si estaba sufriendo una crisis psicótica, no creía que fuera prudente salir al corredor público hasta tener alguna idea de lo que estaba ocurriendo.

Encontró el libro con bastante facilidad. En realidad era un folleto, con una portada chillona. Se trataba del tipo de cosa que había visto en las oficinas exteriores del disneylandia de Kenya, un folleto publicitario. En la parte interior de la contracubierta decía:

"Publicado bajo los auspicios del ordenador de Kenya; A. Joachim, operadora". Lo abrió, y empezó a leer.

Capítulo Primero

¿Dónde estoy?

Probablemente en estos momentos se estará usted preguntando dónde está.

Ésa es una reacción enteramente sana y normal, señor Fingal. Cualquiera se preguntaría, enfrentado a lo que parecen ser manifestaciones paranormales, si su control de la realidad se ha visto debilitado. O, en lenguaje sencillo: "¿Estoy loco, o qué?"

No, señor Fingal, no está loco. Pero tampoco se halla usted, como probablemente pensará, sentado en su cama, leyendo un libro. Todo está en su mente. Se halla usted todavía en el disneylandia de Kenya. Más específicamente, está contenido en el cubo memoria que tomamos de usted antes de que iniciara su fin de semana en la sabana. Entienda, se ha producido un tremendo error.

Capítulo Segundo

¿Qué ha ocurrido?

Eso es lo que nos gustaría saber, señor Fingal. Pero esto es lo que sabemos ya: su cuerpo fue colocado en un lugar erróneo. No hay por qué preocuparse, estamos haciendo todo lo posible por localizarlo y descubrir cómo pudo ocurrir algo así, pero eso toma un poco de tiempo. Quizá sea un pobre consuelo, pero esto nunca había ocurrido antes en los últimos setenta y cinco años que llevamos operando, y tan pronto descubramos qué es lo que ha ocurrido esta vez, puede estar usted seguro de que tomaremos todas las medidas para que no vuelva a producirse de nuevo. Estamos siguiendo varias pistas a la vez, y puede estar tranquilo de que su cuerpo le será devuelto intacto tan pronto como lo localicemos.

En estos momentos se encuentra usted despierto y consciente porque hemos incorporado su cubo memoria a los bancos de nuestro ordenador H-210, uno de los más sofisticados sistemas de holomemoria disponibles en estos momentos. Entienda, existen algunos problemas.

Capítulo Tercero

¿Qué problemas?

Es difícil plantearlos en términos que pueda usted entender, pero déjenos intentarlo,

¿de acuerdo?

El soporte que utilizamos para grabar sus recuerdos no es el mismo que usted probablemente utilizó como seguro contra una muerte accidental. Como debe de saber, ese sistema almacenará sus recuerdos durante mas de veinte años sin la menor degradación ni perdida de información, y es muy caro. El sistema que utilizamos nosotros es uno temporal, bueno para un periodo de dos, cinco, catorce o veintiocho días, según lo que se prolongue su estancia. Sus recuerdos son colocados en el cubo, donde puede que usted crea que permanecerán estáticos y sin cambios, del mismo modo que lo hacen en su registro del seguro. Si ha pensado así, está equivocado, señor Fingal. Piense en ello. Si usted muere, su banco fabricará inmediatamente un clon del plasma que usted almacenó junto con su cubo memoria. En seis meses, sus recuerdos serán introducidos en el clon y usted despertará, faltándole los recuerdos que su cuerpo fue acumulando a partir del momento de su último registro. Quizás eso ya le ha ocurrido a usted. Si es así, sabrá sin duda del shock de despertar del proceso de registro para oírse decir que han pasado tres o cuatro años, y que en ese tiempo usted ha resultado muerto.

En cualquier caso, el proceso que utilizamos nosotros es acumulativo, o de otro modo no tendría ninguna utilidad para usted. El cubo que instalamos en el animal africano elegido por usted es capaz de añadir los recuerdos de su estancia en Kenya al cubo memoria. Cuando su visita ha terminado, esos recuerdos son grabados en su cerebro, y usted abandona el disneylandia con las excitantes, educativas y refrescantes experiencias que ha vivido como animal, aunque su cuerpo nunca haya abandonado nuestra sala de durmientes. Llamamos a este proceso "doppling" del alemán doppelgänger (fantasma, doble).

Ahora, vayamos a los problemas de que hemos hablado. Pensó que nunca íbamos a llegar a ellos, ¿verdad?.

En primer lugar, puesto que usted se registró para una estancia de fin de semana, la médica naturalmente utilizó uno de los cubos de dos días, como establecen nuestras tarifas de excursión. Esos cubos poseen un factor de seguridad, pero no son demasiado estables después del tercer día, en la mejor de las condiciones. Una vez transcurrido ese tiempo, el cubo puede empezar a deteriorarse. Por supuesto, nosotros esperábamos tenerlo a usted instalado en su cuerpo antes de eso. Además, está el problema del almacenaje. Puesto que esos cubos de memoria acumulativa se supone que están en uso durante todo el tiempo en que sus recuerdos están almacenados en ellos, presentan algunos problemas cuando nos encontramos en la situación en que nos hallamos ahora. ¿Me sigue, señor Fingal? Aunque el cubo ha agotado ya su capacidad de funcionar en coexistencia con un anfitrión vivo, como la leona que usted acaba de abandonar, es preciso mantenerlo en constante actividad o se producirá pérdida de información. Estoy seguro de que usted no deseará que esto ocurra, ¿verdad? Por supuesto que no. Así que lo que hemos hecho ha sido "meterlo" en

nuestro ordenador, que lo mantendrá despierto y en buena salud, y protegido contra la dispersión de sus nexos memorísticos. No voy a entrar en detalles al respecto; digamos simplemente que la dispersión no es algo que a usted le gustaría que ocurriera.

Capítulo Cuarto

¿Y qué resulta de todo esto, eh?

Me alegro que haya usted hecho esa pregunta. (Porque usted ha hecho esa pregunta, señor Fingal. Este folleto forma parte del proceso analógico que le explicaré un poco más adelante.)

Vivir en un ordenador no significa que usted pueda simplemente saltar dentro y esperar retener la compatibilidad con la imagen del mundo que resulta tan necesaria para un comportamiento equilibrado en esta compleja sociedad. Ha sido probado, así que puede creer en nuestra palabra. O mejor dicho, en mi palabra. ¿Permite que me presente? Soy Apollonia Joachim, Operadora de Primera Clase del ordenador Protegedatos de nuestra sociedad de auxilios informáticos. Es probable que no haya oído hablar nunca de nosotros, aunque trabaje usted en el campo de los ordenadores.

Puesto que no puede usted limitarse a permanecer consciente en el desconcertante y fluctuante mundo que pasa por la realidad en un sistema de datos, su mente, en cooperación con un programa analógico que yo he alimentado al ordenador, interpreta las cosas de forma que parezcan seguras y confortables. El mundo que ve usted a su alrededor es una ficción de su imaginación. Por supuesto, le parece real, puesto que procede de la misma parte de la mente que normalmente utiliza usted para interpretar la realidad. Si deseáramos ponernos filosóficos al respecto, probablemente podríamos estar discutiendo todo el día acerca de lo que constituye la realidad, y preguntarnos por qué lo que está percibiendo usted ahora es menos real que lo que está acostumbrado a percibir. Pero no vamos a entrar en ello, ¿de acuerdo?.

El mundo seguirá funcionando verosímilmente en la misma forma en que está usted acostumbrado a que funcione. Aunque no será exactamente lo mismo. Las pesadillas, por ejemplo. Señor Fingal, espero que no sea usted del tipo nervioso, porque sus pesadillas pueden cobrar vida allí donde está usted. Le parecerá completamente reales. Deberá usted evitarlas si le es posible, porque pueden dañarle realmente. Le hablaré mas detenidamente de ello luego, si lo cree necesario. Por ahora, será mejor que no se preocupe.

Capítulo Quinto

¿Qué debo hacer ahora?

Le aconsejo que continúe con sus actividades normales. No se alarme ante nada fuera de lo habitual.

Por un lado, yo solamente puedo comunicarme con usted por medio de fenómenos paranormales. Entienda, cada vez que un mensaje mío es alimentado al ordenador, llega hasta usted de una forma que su cerebro no es capaz de asimilar. Naturalmente, su cerebro lo clasifica como un acontecimiento no habitual, y encarna la comunicación de la forma más sorprendente. La mayor parte de las cosas extrañas que ve usted, si permanece tranquilo y no permite que sus propios miedos salgan del armario para perseguirle, comprobará que soy yo. Aparte de eso, le anticipo que su mundo parecerá, sonará, olerá y sabrá completamente normal. He hablado con su psiquiatra. Él me asegura que su captación del mundo real es fuerte. Así que manténgase firme. Estamos trabajando intensamente para sacarle de ahí.

Capítulo Sexto

¡Socorro!

Sí, vamos a ayudarle. Es realmente desafortunado que haya ocurrido esto, y por supuesto vamos a devolverle de inmediato todo su dinero. Además, el abogado de Kenya desea que le pregunte si el depósito de una cantidad importante para responder de futuros perjuicios sería algo digno de discutir con usted. Puede pensar acerca de ello; no hay prisa.

En el interín, encontraré formas de responder a sus preguntas. Cuanto más luche su mente por normalizar mis comunicaciones, transformándolas en cosas a las que esté familiarizado, más complicada resultará mi tarea. Ésa es a la vez su mayor fuerza - la habilidad de su mente de transformar el mundo del ordenador, que inconscientemente rechaza, a conceptos que le son familiares - y mi mayor handicap. Búsqueme en las hojas de té, en los carteles, en la holovisión; ¡en todas partes! Puede resultar algo excitante si se dedica con pasión a ello.

Mientras tanto, si ha recibido este mensaje, puede responderme llenando el cupón que va unido a él y echándolo en el tubo del correo. Su respuesta estará probablemente esperándole en la oficina. ¡Buena suerte!

¡Sí! He recibido su mensaje y estoy interesado en las excitantes oportunidades en el campo de ¡vivir en un ordenador! Por favor, envíeme, sin ningún compromiso ni cargo por mi parte, su excitante catálogo diciéndome cómo puedo avanzar ¡hacia el enorme y maravilloso mundo exterior!

Nombre.....

Dirección.....

Identificación.....

Fingal resistió a la tentación de pellizcarse. Si lo que decía el folleto era cierto - y podía creer en ello -, le dolería y no se despertaría. De todos modos, se pellizcó. Le dolió.

Si comprendía bien aquello, todo a su alrededor era producto de su imaginación. En algún lugar, había una mujer sentada ante una entrada de computador, hablándole en lenguaje normal, el cual llegaba hasta su cerebro en forma de impulsos electrónicos que él no podía aceptar como tales y que por lo tanto transformaba en símbolos más familiares. Estaba analogizando como un loco. Se preguntó si habría adquirido aquel vicio de su profesor, si las analogías eran contagiosas.

- ¿Qué demonios hay de malo en una simple voz en el aire? - se preguntó en voz alta.

No obtuvo respuesta, y en cierto modo se alegró de ello. Ya había suficientes misterios por ahora. Y pensándolo bien, una voz en el aire probablemente haría que se le cayeran los pantalones de miedo.

Decidió que su cerebro tenía que saber lo que estaba ocurriendo. Después de todo, aquella mano le había sorprendido pero no le había asustado. Podía verla, y creía más en su sentido de la vista que en voces en el aire, un signo clásico de locura, si es que alguna vez había habido alguno.

Se levantó y se dirigió a la pared. Las letras de fuego habían desaparecido, pero el tizne de lo borrado seguía todavía allí. Lo olisqueó: carbón. Palpó el ordinario papel del folleto, rompió un trozo de una esquina, se lo llevó a la boca y lo masticó. Sabía a papel.

Se sentó y llenó el cupón, y lo echó en el tubo de correo.

Fingal no se irritó acerca de todo aquello hasta que se encontró en su oficina. Era una persona tranquila, a la que le costaba montar en cólera. Pero finalmente alcanzó el punto en el que tenía que decir algo.

Todo había sido tan normal que sintió deseos de echarse a reír. Todos sus amigos y conocidos estaban allí, haciendo exactamente lo que había esperado que estuvieran haciendo. Lo que le sorprendió y le dejó perplejo fue el número y variedad de segundones, de personajes secundarios que intervenían en su comedia interior. Los

extras que su mente había elaborado llenaban los pasillos, como aquel hombre al que no conocía y que lo había empujado en el tubo yendo al trabajo, se había disculpado y había desaparecido, presumiblemente a la profundidades de su imaginación.

No había nada que pudiera hacer para expresar públicamente su irritación excepto comprobar toda aquella absurda situación. Una duda barrenaba su mente: quizá todo lo ocurrido aquella mañana no fuera más que una fuga, un deslizamiento temporal al país de los sueños. Quizá nunca había ido a Kenya, después de todo, y su mente le estaba gastando bromas. ¿Para llevarle hasta allí, o para mantenerle aparte? No lo sabía, pero tendría tiempo de ocuparse de ello si la prueba le fallaba.

Se puso en pie ante su terminal, que estaba en la tercera columna de la decimoquinta hilera de otros terminales idénticos, cada uno de los cuales provisto de su diligente operador. Alzó las manos y silbó. Todo el mundo alzó la vista.

- No creo en vosotros - chilló.

Tomó un montón de cintas de su terminal y las arrojó a Felicia Nahum, que se hallaba en la terminal más inmediata a la suya. Felicia era una buena amiga suya, y mostró la actitud adecuada cuando las cintas la golpearon. Luego se fundió. Fingal miró a su alrededor en la habitación, y vio que todo se había inmovilizado, como cuando uno para una película.

Se sentó y recorrió con los dedos el teclado de su terminal. El corazón le latía fuertemente, y tenía el rostro enrojecido. Por un horrible momento tuvo la impresión de que estaba equivocado. Empezó a tranquilizarse, alzando la vista cada pocos segundos para asegurarse de que el mundo se había detenido realmente.

Al cabo de tres minutos estaba cubierto de un sudor frío. ¿Qué demonios había probado? ¿Que esa mañana había sido real, o que estaba realmente loco? Comprendió que nunca sería capaz de verificar los postulados bajo los cuales vivía.

Una línea impresa parpadeó en la pantalla de su terminal.

- Pero ¿cómo ha podido hacer eso, señor Fingal?

- ¿Señorita Joachim? - gritó, mirando a su alrededor -. ¿Dónde está usted? Tengo miedo.

- No debe tenerlo - imprimió la terminal -. Tranquilícese. Posee usted un fuerte sentido de la realidad, ¿recuerda? Piense en esto: incluso antes de hoy, ¿cómo podía estar seguro de que el mundo que veía no era el resultado de ilusiones catatónicas? ¿Entiende lo que quiero decir? La pregunta "¿Qué es la realidad?", en último término, una pregunta sin respuesta. Todos debemos aceptar hasta cierto punto lo que vemos y

lo que se nos dice, y vivir con un conjunto de suposiciones incomprobadas e improbables. Le pido que acepte usted el escenario que le ofrecí esta mañana porque, sentada aquí en la sala del ordenador donde usted no puede verme, mi imagen del mundo me dice que es el auténtico escenario. Por otra parte, usted puede creer que estoy creándome ilusiones a mí misma, que no hay nada en el cubo rosado que estoy viendo y que usted es un elemento más en mi sueño. ¿Le hace esto sentirse más cómodo?

- No - murmuró, avergonzado de sí mismo -. Entiendo lo que quiere decir. Aunque yo esté loco, me sentiré más cómodo si sigo la corriente que si intento resistirme.

- Perfecto, señor Fingal. Si necesita usted más ilustraciones, puede imaginarse a sí mismo aprisionado por una camisa de fuerza. Quizás haya en este preciso momento algunos técnicos trabajando para rectificar su condición, y estén haciéndole pasar por este psicodrama como primer paso para ello. ¿Le resulta eso más atractivo?

- No, creo que no.

- El asunto es que se trata de una suposición tan razonable como el conjunto de hechos que le he brindado esta mañana. Pero lo más importante es que debe usted comportarse del mismo modo, sea cual sea la verdad. ¿Comprende? Luchar contra ello en un caso sólo le traerá problemas, y en el otro impedirá su tratamiento. Me doy cuenta de que le estoy pidiendo que acepte sin más mi palabra. Y eso es todo lo que puedo darle.

- La creo - dijo Fingal -. Ahora, ¿puede usted empezar de nuevo desde el principio?

- Ya le he dicho que no tengo control sobre su mundo. De hecho, resulta un obstáculo considerable para mí el tener que hablar con usted por estos medios tan sorprendentes. Pero las cosas se arreglarán por sí solas tan pronto como usted les deje hacerlo. Mire a su alrededor.

Lo hizo, y vio y oyó la actividad normal de la oficina. Felicia estaba allí en el escritorio, como si nada hubiera ocurrido. No había ocurrido nada. Sí, algo había ocurrido, después de todo. Las cintas estaban esparcidas por el suelo cerca de su escritorio, allí donde habían caído. Se habían desenrollado y estaban enredadas.

Fue a recogerlas, y entonces se dio cuenta de que no estaban tan enredadas como había pensado. Deletreó un mensaje en la forma en que estaban mezcladas.

- Va usted por buen camino - decía el mensaje.

Durante tres semanas, Fingal se comportó como un buen chico. Sus compañeros de trabajo, si hubieran sido gente real, tal vez hubieran observado una cierta reserva en

él, y su vida social en su hogar se había visto drásticamente recortada. Por lo demás, se comportaba exactamente como si todo el mundo a su alrededor fuera real.

Pero su paciencia tenía límites. Había sido tensada durante mucho más tiempo del que había esperado. Empezó a inquietarse ante su terminal, a dejar vagar su mente. Alimentar información a un ordenador podía ser frustrante, ingrato y, en pocas palabras, embrutecedor. Era lo que había estado sintiendo ya antes de su viaje a Kenya; había sido la causa de su viaje a Kenya. Tenía sesenta y ocho años, con siglos por delante, y estaba enjaezado a una rutina ferromagnética. Una larga vida puede ser una bendición relativa cuando uno siente el aburrimiento reptar en su interior.

Lo que más le abrumaba era el creciente desagrado que sentía ante su trabajo. Ya era bastante malo cuando se limitaba a sentarse en una auténtica oficina con dos centenares de auténticas personas, arrojando irreales datos a las fauces de un ordenador aún más irreal para sus sentidos. Pero ahora era mucho peor, puesto que sabía que los datos que introducía en él no tenían el menor significado para nadie excepto para él mismo, no eran sino una terapia ocupacional creada por su mente y por un programa de ordenador para mantenerlo ocupado mientras Apollonia Joachim buscaba su cuerpo.

Por primera vez en su vida empezó a pulsar algunos botones por sí mismo. Bajo un estrés algo más ligero hubiera acudido a toda prisa a ver a su psiquiatra, la solución aprobada y perfectamente normal que cualquiera hubiera elegido. Aquí, sabía que el resultado no sería sino una charla consigo mismo. No conseguía ver las ventajas de un procedimiento psicoanalítico tan idealizado; por otra parte, nunca había creído realmente que un psiquiatra hiciera algo más que escuchar.

Su propia vida empezó a cambiar cuando comenzó a irritarse con su jefa. Ésta le señaló que su coeficiente de errores estaba aumentando, y le sugirió que se enmendara o que empezara a buscar algún otro empleo.

Aquello lo encolerizó. Había sido un buen trabajador durante veinticinco años. ¿Por qué tenía ella que adoptar esa actitud cuando él estaba atravesando una mala racha de una o dos semanas?

Luego se encolerizó aún más cuando pensó que su jefa era tan sólo una proyección de su propia mente. ¿Por qué debía permitir que le tratara de aquel modo?

- No deseo oír nada de eso - dijo -. Déjeme solo. Mejor aún, auménteme el sueldo.

- Fingal - dijo ella rápidamente -, estas últimas semanas ha sido usted un orgullo para nuestra sección. Voy a concederle un aumento.

- Gracias. Ahora márchese.

Ella lo hizo, disolviéndose en el tenue aire. Aquello le hizo sentir que aquel era realmente su gran día. Se reclinó en su asiento y pensó en su situación por primera vez desde que era joven.

No le gustó lo que pensó.

En mitad de sus meditaciones, la pantalla de su ordenador se iluminó de nuevo.

- Cuidado, Fingal - leyó -. Ese camino conduce a la catatonia.

Tomó en serio la advertencia, aunque no pretendía abusar de su recién descubierto poder. No veía por qué un uso juicioso de él de tanto en cuanto podía hacer daño a nadie. Se estiró y bostezó enormemente. Miró a su alrededor, odiando de pronto la oficina, con sus hileras de trabajadores, indistinguibles de sus terminales. ¿Por qué no tomarse el día libre?

Cediendo a un repentino impulso, se levantó y caminó los pocos pasos que le separaban de la terminal de Felicia.

- ¿Por qué no vamos a mi casa y hacemos el amor? - le preguntó.

Ella le miró sorprendida, y él sonrió. La joven estaba casi tan desconcertada como cuando él le había arrojado las cintas.

- ¿Es una broma? ¿En mitad del día? Tienes un trabajo que hacer, ya sabes. ¿Deseas que nos echen a los dos?

Él meneó lentamente la cabeza.

- Ésa no es una respuesta aceptable.

Ella se detuvo, y rebobinó desde aquel punto. Él la oyó repetir sus últimas frases al revés, luego sonrió.

- Seguro, ¿por qué no? - dijo.

Luego, Felicia se fue del mismo modo ligeramente desconcertante en que su jefa se había ido antes, fundiéndose en el aire. Fingal se quedó sentado inmóvil en su cama, preguntándose qué hacer consigo mismo. Tenía la impresión de que iniciaba un mal camino si pretendía construir él mismo su propio mundo.

Su teléfono sonó.

- Tiene usted todo la razón - dijo una voz de mujer, obviamente irritada con él.

Se sentó envarado.

- ¿Apollonia?

- La señorita Joachim para usted, Fingal. No puedo hablar mucho rato; esto representa un tremendo esfuerzo para mí. Pero escúcheme, y escúcheme bien. Su ombligo es muy profundo, Fingal. Desde el lugar en que está usted ahora, es un pozo cuyo fondo ni siquiera puedo ver. Si cae dentro de él, no puedo garantizarle que pueda sacarle luego.

- Pero ¿tengo que tomarlo todo tal como es? ¿No se me permite hacer mejoras?

- No bromeé. Eso no eran mejoras, sino pura pereza. No era otra cosa que masturbación, y aunque no hay ningún mal en ello, si lo hace con exclusión de todo lo demás, su mente se encerrará en sí misma. Está usted en grave peligro de excluir al universo externo de su realidad.

- Pero yo creía que no había universo externo para mí aquí donde estoy.

- Casi cierto. Sin embargo, estoy alimentándole con estímulos externos a fin de mantenerlo en actividad. Además, es la actitud lo que cuenta. Usted nunca ha tenido problemas en encontrar compañía sexual; ¿por qué se siente impulsado ahora a alterar las condiciones?

- No lo sé - admitió -. Como usted ha dicho, pereza, supongo.

- Exacto. Mire, si desea abandonar su trabajo, es usted libre de hacerlo. Si piensa en serio acerca de mejoras, hay oportunidades disponibles para usted aquí. Búsquelas. Mire a su alrededor, explore. Pero no intente mezclarse en cosas que no comprende. Ahora tengo que irme. Le escribiré una carta si puedo, y me explicaré un poco más.

- ¡Espere! ¿Qué hay de mi cuerpo? ¿Han hecho algún progreso?

- Sí, han descubierto cómo ocurrió. Parece que....

Su voz se desvaneció, y él colgó el teléfono.

Al día siguiente recibió una carta explicando lo que se sabía hasta entonces. Al parecer, todo el lío había sido resultado de la visita del maestro a la sección de mecánica el día de su registro. Más específicamente, se debía al regreso del muchachito después de que los otros se hubieran ido. Ahora estaban seguros de que había trasteado con la tarjeta de ruta que decía a los ayudantes lo que había que hacer

con el cuerpo de Fingal. En vez de trasladarlo a la sala de durmientes, que correspondía a la tarjeta verde, lo habían enviado a algún lugar -nadie sabía todavía adónde- para un cambio de sexo, lo cual correspondía a la tarjeta azul. La médica, en su prisa por irse a casa para su cita, no se había dado cuenta del cambio. Ahora el cuerpo podía estar en cualquiera de los varios cientos de consultas médicas en la Luna. Estaban buscándolo, y también al muchachito.

Fingal dejó a un lado la carta y pensó intensamente.

La señorita Joachim había dicho que había oportunidades para él en los bancos de memoria. Había dicho también que no todo lo que veía eran sus propias proyecciones. Estaba recibiendo, era capaz de recibir, estímulos externos. ¿Por qué era eso? ¿Porque sin ellos tendría tendencia a moverse al azar, o por alguna otra razón? Deseó que la carta hubiera sido más explícita en ese punto.

Mientras tanto, ¿qué hacer?

Repentinamente lo supo. Deseaba aprender acerca de ordenadores. Deseaba saber qué los hacía funcionar, experimentar una sensación de poder sobre ellos. Y esa sensación se acentuaba cuando pensaba que virtualmente era un prisionero dentro de uno de ellos. Era como un trabajador en una línea de montaje. Todo el día realizando el mismo trabajo, tomando pequeñas piezas de una cinta rodante e instalándolas en un montaje más grande. Un día, al trabajador se le ocurre preguntarse quién coloca las piezas en la cinta rodante. ¿De dónde proceden? ¿Cómo son hechas? ¿Qué ocurre después de que él las ha instalado?

Se preguntó por qué no había pensado en ello antes.

La oficina de admisiones del Instituto Técnico de la Luna estaba atestada. Le tendieron un formulario y le dijeron que lo llenara. Parecía deprimente. Los espacios para "experiencia anterior" y "grados de aptitud" estaban casi en blanco cuando hubo terminado con ellos. En su conjunto, el resultado no parecía muy prometedor. Regresó al escritorio y tendió el formulario al hombre sentado tras la terminal.

El hombre metió los datos del formulario en el ordenador, el cual rápidamente decidió que Fingal no poseía talento para ser un reparador de ordenadores. Empezaba a darse la vuelta cuando sus ojos repararon en un gran cartel situado detrás del hombre. Estaba allí en la pared cuando había llegado, pero no lo había leído.

LA LUNA NECESITA TÉCNICOS ORDENADORES.

ESO SIGNIFICA

¡QUE LE NECESITA A USTED, SEÑOR FINGAL!

¿Está usted insatisfecho con su actual empleo? ¿Tiene la impresión de que se merece algo mejor? Entonces hoy puede ser su día de suerte. Ha venido usted al lugar correcto, y si atrapa esta oportunidad de oro verá que se le abren puertas que hasta ahora habían estado cerradas para usted.

Actúe, señor Fingal. Ésta es la ocasión. ¿Quién es capaz de juzgar sobre usted? Simplemente, tome este bolígrafo y llene la solicitud, rellinando tan sólo las casillas que usted desee.

¡Sea grande, sea osado! La suerte está echada, y se halla usted camino de GRANDES BENEFICIOS!

El secretario no dijo nada fuera de lo normal cuando Fingal regresó al escritorio una segunda vez, y ni siquiera parpadeó cuando el ordenador decidió que era elegible para el curso acelerado.

Al principio no fue fácil. En realidad tenía pocas aptitudes para la electrónica, pero la aptitud es algo caprichoso. Su personalidad matriz era tan flexible ahora como lo sería en cualquier otro momento de su vida. Un pequeño esfuerzo en el instante adecuado representaría un gran paso hacia su perfeccionamiento. No dejaba de decirse a sí mismo que todo aquello que era y que hacía de él lo que era estaba grabado en aquel pequeño tubo conectado al ordenador, y que si era cuidadoso podía mejorarlo.

No radicalmente, le dijo la señorita Joachim en una larga y útil carta a finales de la semana. Aquello conduciría a una completa disrupción de la matriz AFFN y a la catatonia, que en ese caso sería distinguible de la muerte tan sólo por el filo de un cabello.

Pensó mucho en la muerte mientras ahondaba en los libros. Se hallaba en una extraña posición. El ser conocido como Fingal no moriría en ninguna de las posibles salidas de aquella aventura. Por una parte, su cuerpo se hallaba camino de un cambio sexual, y era difícil imaginar que lo que pudiera ocurrirle fuera susceptible de matarlo. Quienquiera que lo tuviera en custodia ahora cuidaría de él tan bien como podrían hacerlo los médicos de la sala de durmientes. Si Apollonia no tenía éxito en su intento de mantenerlo consciente y cuerdo en el banco de memoria, simplemente despertaría sin recordar nada del tiempo que había permanecido dormido sobre la mesa.

Si, por alguna improbable concatenación de circunstancias, su cuerpo era dejado morir, tenía un registro de su póliza de seguros a salvo en la caja fuerte de su banco. El registro tenía tres años de antigüedad. Despertaría en el cuerpo clónico recién desarrollado sin saber nada de lo ocurrido en los últimos tres años, y tendría una fantástica historia que oír cuando le pusieran al día.

Pero nada de aquello le importaba. Los humanos son una especie ligada al tiempo, y que existen en un eterno ahora. El futuro fluye a través de ellos y se convierte en el pasado, pero es siempre el presente el que cuenta. El Fingal de hace tres años no era el Fingal en el banco de memoria. De hecho, la inmortalidad por medio del registro de recuerdos era una pobre solución. La encrucijada tridimensional que era el Fingal de ahora se comportaría siempre como si su vida dependiera de sus actos, porque sentiría el dolor de la muerte si le ocurría a él. Era un pequeño consuelo para un hombre moribundo saber que volvería a ponerse en pie, algunos años más joven y menos sabio. Si Fingal se perdía ahí afuera, moriría, puesto que con el registro de la memoria era tres personas: la que vivía ahora, la perdida en algún lugar de la Luna, y la persona potencial en la caja fuerte del banco. En realidad no eran sino parientes próximos.

Todo el mundo sabía eso, pero era tan infinitamente mejor que la otra alternativa que poca gente lo rechazaba. Intentaban no pensar en ello, y generalmente lo conseguían. Se hacían grabar nuevos registros tan a menudo como podían permitírselo. Lanzaban un suspiro de alivio cuando se tendían sobre la mesa para hacerse grabar otro registro, sabiendo que otro trozo de sus vidas estaba seguro para siempre. Pero aguardaban nerviosos el despertar, temiendo que les dijeran que habían transcurrido veinte años porque habían muerto en algún momento después de la grabación y había habido que empezar todo de nuevo. Podían ocurrir muchas cosas en veinte años. La persona en el nuevo cuerpo clónico podía tener que enfrentarse a un hijo que no había visto nunca, a un nuevo cónyuge o a la terrible noticia de que su empleo estaba ahora a cargo de una máquina.

De modo que Fingal se tomó en serio las advertencias de la señorita Joachim. La muerte era la muerte, y aunque uno podía burlarla, la muerte aún seguía siendo la que reía la última. En vez de arrancarte de golpe toda tu vida, la muerte exigía ahora tan sólo un pequeño porcentaje, pero bajo muchos aspectos era el porcentaje más importante.

Se inscribió en varios cursos. Siempre que le fue posible, tomó aquellos que estaban disponibles telefónicamente, de modo que no necesitara salir de su habitación. Encargaba la comida y los artículos de primera necesidad por teléfono, y pagaba las facturas simplemente mirándolas y deseando que dejaran de existir. Aquello hubiera podido ser intensamente aburrido o locamente interesante. Después de todo era un mundo de sueños, ¿y quién no piensa en retirarse a la fantasía de tanto en tanto? Fingal lo pensaba realmente, pero reprimió con firmeza la idea cuando le llegó. Pretendía salirse de aquel sueño.

Por un lado, echaba de menos la compañía de otra gente. Aguardaba las cartas semanales de Apollonia (ella le había permitido que le llamara por su nombre de pila) con una extenuante pasión, y devoraba cada una de sus palabras. Su archivo de estas cartas crecía. En los momentos en que se sentía más solo tomaba una de estas cartas al azar y la leía una y otra vez.

Siguiendo el consejo de ella, abandonaba regularmente el apartamento y vagaba por los alrededores más o menos al azar. Durante esas salidas le sucedían alocadas aventuras. Literalmente. Apollonia lo bombardeaba con estímulos exteriores durante esas ocasiones, y podían ser cualquier cosa, desde La maldición de la momia hasta Murieron con las botas puestas con su reparto original. Él no se cansaba de las películas. Simplemente echaba a andar por los corredores públicos y abría una puerta al azar. Detrás podían estar las minas del rey Salomón o el harén del sultán. Lo aceptaba todo estoicamente. Era incapaz de obtener ningún placer con el sexo. Sabía que era un ejercicio de una sola mano, y aquello hacía desaparecer toda excitación.

Su único placer brotaba de los estudios. Leía todo lo que caía en sus manos sobre la ciencia de los ordenadores, y conseguía situarse el primero de su clase. Y a medida que iba aprendiendo, se le ocurrió aplicar sus conocimientos a su propia situación.

Empezó a ver cosas a su alrededor que hasta entonces le habían aparecido veladas. Empezaba a distinguir atisbos de la realidad a través de sus ilusiones. Cada vez más a menudo, alzaba la vista y veía la débil sombra del mundo real de flujos electrónicos y de oscilantes circuitos donde vivía. Aquello lo asustó al principio. Le preguntó a Apollonia al respecto en uno de sus ilusorios recorridos, esta vez a Coney Island a mediados del siglo XX. Le gustaba aquel lugar. Podía tenderse en la arena y hablarle a las olas. Sobre su cabeza, un avión escribía con humo las respuestas a sus preguntas. Ignoró concienzudamente al brontosaurio que alborotaba con estrépito a su derecha.

- ¿Qué significa, oh Diosa de la Transistoria, cuando empiezo a ver diagramas de circuitos en las paredes de mi apartamento? ¿Exceso de trabajo?

- Significa que la ilusión está debilitándose progresivamente - deletreó el avión durante la siguiente media hora -. Se está adaptando usted a la realidad que hasta ahora ha estado negando. Eso puede representar problemas, pero estamos a punto de encontrar el rastro de su cuerpo. Pronto lo encontraremos y podremos sacarle de ahí.

Todo aquello fue demasiado para el avión. El sol se había puesto ya, el brontosaurio era el vencedor, y al avión se le había agotado el combustible. Picó en espirales hacia el océano, y las multitudes se agolparon cerca del agua para presenciar el rescate. Fingal se levantó y se dirigió al paseo de tablas de madera que seguía la línea de la playa.

Allí había un enorme cartel publicitario. Entrelazó los dedos a la espalda y leyó.

- Lamento el retraso. Como estaba diciendo, casi lo hemos conseguido. Concédanos algunos meses más. Uno de nuestros agentes cree que localizará la consulta médica en cuestión en el término de una semana. A partir de ahí todo irá rápidamente. Por el momento, evite esos lugares en donde puede ver los circuitos. Eso no es bueno para

usted, crea en mi palabra.

Fingal evitó los circuitos durante tanto tiempo como le fue posible. Terminó sus primeros cursos en la ciencia de los ordenadores y se inscribió en la sección intermedia. Transcurrieron seis meses.

Sus estudios se hacían cada vez más fáciles. Su velocidad de lectura iba incrementándose de forma fantástica. Descubrió que era más ventajoso para él acudir a una biblioteca compuesta por volúmenes que por cintas. Podía tomar un volumen de la estantería, hojearlo rápidamente, y aprender todo lo que había en él. Ahora sabía lo suficiente como para comprender que estaba adquiriendo la habilidad de conectar directamente con el conocimiento almacenado en el ordenador, pasando por encima de sus sentidos. Los libros que tenía en sus manos eran simplemente los análogos sensitivos del teclado de la terminal. Apollonia se mostraba nerviosa acerca de ello, pero lo permitía continuar. Pasó rápidamente por el grado intermedio y se inscribió en las clases superiores.

Pero estaba rodeado de cables. Estaban por todas partes hacia donde mirara, en las venillas que salpicaban el rostro de un hombre, en el plato de patatas fritas que encargaba para almorzar, en las huellas de sus propias palmas, sobreimpresos sobre el aparente desorden de unos cabellos rubios revueltos a su lado sobre la almohada.

Los cables eran analogías de analogías. Había poco cableado en los modernos ordenadores. En su mayor parte estaban constituidos por circuitos moleculares que o bien estaban encajados en una red cristalina, o bien estaban reproducidos fotográficamente en una pequeña lámina de silicona. Visualmente, eran difíciles de imaginar, de modo que era su mente la que creaba esos complejos diagramas de circuitos que servían para la misma finalidad, pero que él podía experimentar de forma directa.

Un día ya no pudo resistir más. Estaba en el cuarto de baño, en el lugar tradicional para ponderar lo imponderable. Su mente vagaba, especulando acerca de la necesidad de evacuar el contenido de sus entrañas, preguntándose si valía la pena eliminar la necesidad de eliminar. El dedo gordo de su pie estaba siguiendo ociosamente el esquema de un circuito impreso incorporado al embaldosado suelo.

Los sanitarios empezaron a desbordarse, no de agua sino de monedas. En algún lugar resonaban alegremente timbres. Saltó en pie y contempló alucinado cómo su cuarto de baño se llenaba de dinero.

Fue consciente de una sutil alteración en el tono de los timbres. Cambiaron del alegre campanilleo de una máquina tragaperras a un tañido funerario. Miró apresuradamente a su alrededor en busca de una manifestación. Sabía que Apollonia debía de estar furiosa.

Lo estaba. Su mano apareció y empezó a escribir en la pared. Esta vez estaba escribiendo con la sangre de él. Goteaba amenazadoramente de todas las palabras.

- ¿Qué está haciendo? - escribió la mano, y una vez escrito eso siguió adelante- Le dije que dejara tranquilos esos cables. Es probable que haya borrado todos los asientos contables de Kenya. Puede que pasen meses antes de que podamos volver a ponerlos en orden.

- Bueno, ¿y a mí qué me importa? - estalló -. ¿Qué han hecho ellos por mí últimamente? Es Increíble que a estas alturas no hayan localizado mi cuerpo. Ha pasado ya todo un año.

La mano se crispó en un puño. Luego lo aferró por la garganta y apretó fuertemente hasta que sus ojos se desorbitaron. Después se relajó lentamente. Cuando Fingal pudo ver de nuevo con claridad, retrocedió con circunspección.

La mano se agitó nerviosamente, tabaleó sus dedos en el suelo. Luego volvió a la pared.

- Lo siento - escribió -. Supongo que estoy muy cansada. Espere un momento.

Aguardó, más agitado de lo que nunca recordara desde que empezara su odisea. "No hay nada como una dosis de dolor - reflexionó -, para que te des cuenta de lo que puede ocurrirte."

La pared con las letras de sangre se disolvió lentamente en un panorama celestial. Mientras observaba, las nubes pasaron por delante de su punto de observación para fundirse maravillosamente con los dorados rayos del sol. Oyó una música de órgano procedente de tubos del tamaño de secoyas.

Sintió deseos de aplaudir. Era tan excesivo, y sin embargo tan convincente... En el centro de la torbellineante masa de blanca bruma apareció un ángel. Iba provisto de alas y de un halo, pero le faltaba la tradicional ropa blanca. Iba desnudo, mejor dicho, desnuda, puesto que su sexo era femenino, y el cabello flotaba a su alrededor como si se hallara debajo del agua.

El ángel levitó hasta él, caminando sobre las torbellineantes nubes, y le tendió dos tablillas de piedra. Fingal apartó sus ojos de la aparición y miró las tablillas.

No trastearás con cosas que no comprendas.

- De acuerdo, prometo no hacerlo - le dijo al ángel -. Apollonia. ¿es usted? Quiero decir, ¿es realmente usted?

- Lea los mandamientos, Fingal. Esto me resulta tremendamente difícil.

Volvió a mirar las tablillas.

No interferirás en los sistemas hardware de la Corporación de Kenya, puesto que Kenya no indemnizará a quien se tome libertades con las cosas que son propiedad suya.

No explorarás los límites de tu prisión. Confía en la Corporación de Kenya para salir de ella.

No alterarás ningún programa.

No te preocuparás acerca de la localización de tu cuerpo, porque ya ha sido encontrado, la ayuda está en camino, la caballería ha llegado, todo está bajo mano.

Encontrarás a una persona conocida, alta y bien parecida, que te guiará para hacerte salir de esta terrible situación.

Permanecerás abierto a nuevas instrucciones.

Alzó la vista y le alegró comprobar que el ángel seguía allí.

- Obedeceré, lo prometo. Pero ¿dónde está mi cuerpo, y por qué ha costado tanto encontrarlo? ¿Puede...?

- Sepa que aparecer ante usted en estas encarnaciones es terriblemente agotador, señor Fingal. Estoy sufriendo tensiones cuya naturaleza no tengo tiempo de revelar. Ensille su caballo, aguarde, y muy pronto verá la luz al otro lado del túnel.

- Espere, no se vaya.

Ella empezaba ya a disolverse.

- No puedo demorarme.

- Pero... Apollonia, todo esto es encantador, pero ¿por qué tiene que aparecérseme usted siempre de esa forma tan absurda? ¿Por qué toda esta parafernalia? ¿Qué hay de malo en las cartas?

Ella miró a su alrededor a las nubes, los rayos del sol, las tablillas en las manos de Fingal, y el cuerpo del hombre, como si lo viera todo por primera vez. Echó la cabeza hacia atrás y rió como una orquesta sinfónica. Era algo casi demasiado hermoso como

para que Fingal pudiera soportarlo.

- ¿Yo? - dijo ella, despojándose de sus atributos angélicos -. ¿Yo? Yo no elijo las visiones, Fingal. Se lo dije, es su cabeza, yo simplemente paso a través de ella. - Enarcó las cejas -. Y realmente, señor, no tenía la menor idea de que albergara usted esos sentimientos hacia mí. ¿Se trata de un amor de adolescencia?

Y desapareció, excepto su sonrisa.

La sonrisa le atormentó durante días enteros. Se sintió disgustado consigo mismo al respecto. Odiaba ver que una metáfora como aquella le abrumaba. Llegó a la conclusión de que su mente era una analogizadora más bien inepta.

Pero todo tenía su finalidad. La sonrisa le obligó a contemplar sus propios sentimientos. Estaba enamorado, desesperadamente, ridículamente, como un quinceañero. Sacó todas las viejas cartas de ella y las leyó de nuevo, buscando las palabras mágicas que podían haberle infligido aquello. Porque todo aquello era estúpido. Él nunca la había conocido excepto bajo circunstancias figurativas. La única vez que la había visto, la mayor parte de lo que vio era producto de su propia mente.

No había ningún indicio en las cartas. La mayor parte de ellas eran tan impersonales como un libro de texto, aunque tendían a ser más bien prolijas. Amistosas, sí; pero ¿íntimas, poéticas, intuitivas, reveladoras? No. Era absolutamente imposible descubrir en ellas algo que pudiera calificarse como amor, ni siquiera como pasión quinceañera.

Se dedicó a sus estudios con renovado vigor, aguardando la siguiente comunicación. Transcurrieron las semanas sin una palabra siquiera. Llamó a la oficina de correos varias veces, puso anuncios personales en todos los periódicos en que pudo pensar, escribió mensajes en las paredes de los edificios públicos, metió notas en las botellas y las arrojó a la basura, alquiló vallas publicitarias, compró tiempo de publicidad en televisión. Le gritó a las vacías paredes de su apartamento, paró a la gente que se cruzaba con él por la calle, golpeó utilizando el código Morse todas las cañerías, hizo circular rumores por las tabernas, hizo imprimir y difundir folletos por todo el sistema solar. Intentó todos los medios en que pudo pensar, y no consiguió contactar con ella. Estaba solo.

Consideró la posibilidad de que estuviera muerto. En su actual situación, era difícil decirlo con seguridad. Lo abandonó como algo imposible de verificar. Todo aquello ya era lo bastante incierto como para intentar adivinar de qué lado de la dicotomía vida/muerte estaba viviendo. Además, cuanto más pensaba en el hecho de existir sólo como impulsos electrónicos en un conjunto de macromoléculas en el interior de un sistema de datos, más asustado se sentía. Había sobrevivido durante tanto tiempo gracias a que había evitado tales pensamientos.

Las pesadillas se apoderaron de él, se alojaron permanentemente en su apartamento. Constituyeron una fuerte decepción, y confirmaron su conclusión de que su imaginación no era tan vívida como debiera. Estaban constituidas por el infantil hombre del saco, el tipo de apariciones que podían asustarle cuando se le aparecían vagamente entre las brumas pesadillescas, pero que resultaban casi risibles cuando se exponían a la plena luz de la consciencia. Había una enorme y charlatana serpiente burdamente bosquejada, creada sobre la base del dibujo que un niño haría de una serpiente. Una compañía constructora de juguetes habría hecho un trabajo mejor. Había un hombre lobo que el único temor que causaba a Fingal era la posibilidad de llenarle toda la alfombra de pelos. Había una mujer que consistía básicamente en pechos y genitales, residuo de su adolescencia, sospechaba. Gruñía embarazado cada vez que la veía. Puede que en otros tiempos se hubiera visto dominado por tales infantilismos, pero habría preferido que sus huellas hubieran quedado enterradas para siempre.

Los pateaba constantemente al corredor, pero se deslizaban dentro de su apartamento por las noches como unos parientes pobres. Hablaban incesantemente, y siempre acerca de él. ¡Las cosas que sabían! Parecían tener una opinión muy baja de él. La serpiente expresaba a menudo la opinión de que Fingal nunca llegaría a ningún sitio debido a que había aceptado con demasiada docilidad los resultados de los test de aptitud que le habían hecho cuando niño. Eso dolía, pero el mejor remedio contra ello era estudiar con mayor concentración.

Finalmente llegó una carta. Hizo una mueca tan pronto como la abrió. El inicio bastaba para saber que no iba a gustarle.

Querido señor Fingal:

Esta vez no voy a disculparme por mi retraso. Parece que la mayor parte de mis manifestaciones han incluido una disculpa, y creo que esta vez me merezco un descanso. No puedo estar siempre a la escucha. Tengo también mi propia vida.

Tengo entendido que se ha comportado usted de forma ejemplar desde la última vez que hablé con usted. Ignoró usted el funcionamiento interno del ordenador, exactamente como yo le dije. No he sido totalmente franca con usted, y le explicaré mis razones.

La relación entre usted y el ordenador es, y siempre lo ha sido, de doble sentido. Nuestro mayor temor en este lado ha sido que empezara a interferir con los trabajos del ordenador, lo cual habría causado grandes problemas a todo el mundo. O que se volviera loco furioso, y que en uno de sus ataques destruyera todo el sistema de datos. Lo instalamos a usted en el ordenador como una necesidad humana, porque habría muerto si no lo hubiéramos hecho, aunque eso hubiera representado para usted únicamente la pérdida de dos días de recuerdos. Sin embargo, uno de los negocios de

Kenya es vender recuerdos, y los recuerdos de sus clientes son sagrados para ellos. Fue un error de la Corporación de Kenya lo que lo trajo aquí, así que decidimos que teníamos que hacer todo lo posible por usted.

Pero nuestras operaciones de este lado corrían un gran riesgo debido a su presencia.

En una ocasión, hace seis meses, se enredó usted en el sector de control de clima del ordenador, y desencadenó una tormenta sobre el Kilimanjaro que todavía no ha podido ser controlada totalmente. Perdimos varios animales.

He tenido que enfrentarme con el Consejo Directivo para mantenerlo a usted ahí, y varias veces el programa estuvo a punto de ser interrumpido. Ya sabe usted lo que eso significa.

Ahora me he sincerado con usted. Deseaba hacerlo desde el principio, pero a la gente que dirige las cosas por aquí les preocupaba el que usted pudiera empezar a hacer tonterías movido por un espíritu vindicativo si conocía todos los hechos, así que decidieron no decírselo. Puede usted hacer todavía mucho daño antes de que podamos sacarlo de ahí. Ahora tengo a los directores mordiendo las uñas por encima de mi hombro mientras le transmito esto. Por favor, no cause problemas.

Pasemos a otro punto.

Desde un principio tuve miedo de que lo que ha ocurrido llegara a ocurrir. Durante más de un año he sido su único contacto con el mundo exterior. He sido la única otra persona en su universo. Hubiera tenido que ser una persona extremadamente fría, odiosa, horrible -lo cual no soy- para que no se sintiera atraído hacia mí bajo tales circunstancias. Está sufriendo una intensa privación sensorial, y es bien conocido que cualquiera en tal estado se vuelve sugestionable, maleable, y solitario. Ha volcado sus sentimientos hacia mí como la única persona a la que podía aferrarse.

He intentado evitar cualquier tipo de intimidad con usted por esa razón, para mantener las cosas en un estricto plano de impersonalidad. Pero cedí durante uno de sus periodos de desesperación. Y usted leyó en mis cartas algunas cosas que no estaban en ellas. Recuerde, incluso a través de un medio impreso es su mente la que controla lo que ve. Su censor ha dejado pasar lo que desea ver, y quizá incluso ha añadido algunas cosas por sí mismo. Estoy a su merced. Es probable que usted haya estado leyendo esas cartas como una apasionada afirmación de amor. He utilizado todos los refuerzos posibles que conozco para asegurarme de que este mensaje le llegaba a través de un canal prioritario y no resultaba deformado. Yo no, repito, no le correspondo. Usted comprenderá por qué, al menos en parte, cuando consigamos sacarle de ahí.

Nunca resultaría, señor Fingal. Renuncie a ello.

APOLLONIA JOACHIM

Fingal se graduó el primero de su clase. Terminó los estudios requeridos para obtener el título durante la larga semana que siguió a la carta de Apollonia. Fue una amarga victoria para él, pero se aferró furiosamente a ella mientras subía al estrado para recibir el título. Al menos había sacado el mayor provecho de su situación, al menos no se había limitado a dejar que las ruedas de la máquina lo trituraran como a cualquier buen empleado.

Adelantó el brazo para estrechar la mano del rector de la universidad y vio que esa mano se transformaba. Alzó la vista, y observó que la barbuda silueta envuelta en su ropaje universitario oscilaba y se convertía en una mujer alta, uniformada. Con un acceso de alegría, supo quién era. Luego la alegría se convirtió en cenizas en su boca, y las escupió rápidamente.

- Siempre supe que se ahogaría usted con una forma de expresión - dijo ella, riendo tensamente.

- Así que está usted aquí - dijo él.

No podía creerlo. La miró torpemente, sujetando su mano y el diploma con idéntica tenacidad. Era alta, como había dicho la profecía, y hermosa. Su cabello corto coronaba un rostro competente, y el cuerpo bajo el uniforme era musculoso. El uniforme estaba abierto en el escote, y arrugado. Tenía ojeras, y sus ojos estaban enrojecidos. Vaciló ligeramente sobre sus pies.

- Estoy aquí, sí. ¿Está usted dispuesto a volver? - Se volvió hacia los estudiantes reunidos - ¿Qué pensáis, muchachos? ¿Creéis que merece volver?

Parecieron volverse locos, aplaudiendo y gritando vivas y lanzando capirotes al aire. Fingal se volvió aturdidamente para mirarlos, empezando a darse cuenta de algo. Bajó la vista hacia el diploma.

- No sé - dijo -. No sé. ¿De vuelta a trabajar a la sala de datos?

Ella le dio una palmada en la espalda.

- No, se lo prometo.

- Pero ¿cómo puede ser diferente? He llegado a pensar en este trozo de papel como en algo... real. ¡Real! ¿Cómo puedo haberme engañado de esa manera? ¿Por qué lo he aceptado?

- Yo le estuve ayudando todo el tiempo - dijo ella -. Pero no todo era un juego. Realmente aprendió usted todas las cosas que aprendió. No desaparecerán cuando regrese. Eso que tiene usted en la mano es imaginario, por supuesto, pero ¿quién cree que imprime los auténticos diplomas? Se haya usted registrado allí donde importa, en el ordenador, como habiendo superado los cursos. Obtendrá un auténtico diploma cuando regrese.

Fingal vaciló. Había una tentadora visión en su cabeza. Llevaba allí más de un año, y en realidad no había explotado la naturaleza del lugar. Quizá ese asunto de morir en el banco de memoria fuera todo él una estupidez, otra mentira inventada para mantenerle a él en su sitio. En ese caso, podía quedarse allí y satisfacer sus más locos deseos, convertirse en el rey del universo sin ninguna oposición, nadar en placeres que ningún emperador hubiera imaginado nunca. Cualquier cosa que deseara podría conseguirla allí, absolutamente cualquier cosa.

Y de hecho tenía la impresión de que podía ganar la partida. Había observado muchas cosas acerca de aquel lugar, y ahora poseía el conocimiento de la tecnología del ordenador para ayudarlo. Podía deslizarse por allí dentro y evitar los intentos de ellos de borrarle, incluso sobrevivir si retiraban su cubo programándose a sí mismo en otras partes del ordenador. Podía hacerlo.

Con una súbita inspiración, se dio cuenta entonces de que no sentía el deseo suficiente para quedarse allí dentro, en su ombligo. En realidad, tan solo sentía un deseo importante, y ella estaba desvaneciéndose lentamente. Se disolvía, y estaba siendo reemplazada de nuevo por el viejo rector.

- ¿Viene? - preguntó ella.

- Sí.

Era tan sencillo como eso. La tribuna, el rector, los estudiantes y la sala desaparecieron, y surgió la sala del ordenador en Kenya. Sólo Apollonia seguía constante. él mantuvo sujeta su mano hasta que todo se estabilizó.

- Uf - dijo ella, y se llevó una mano a la nuca.

Extrajo un cable de la conexión en la parte de atrás de su cabeza y se derrumbó en una silla. Alguien extrajo un cable similar de la nuca de Fingal, y finalmente se halló libre del ordenador.

Apollonia tendió una mano hacia una humeante taza de café sobre la mesa repleta de tazas vacías.

- Ha sido usted difícil - dijo -. Por un momento pensé que iba a quedarse. Ya sucedió

una vez. No es usted el primero al que le pasa esto, pero no será más allá del vigésimo. Este es un campo inexplorado, peligroso.

- ¿De veras? - dijo él -. ¿No se estará usted burlando?

Ella se echó a reír.

- No. Ahora puedo decirle la verdad. Es peligroso. Nadie ha sobrevivido nunca más de tres horas en ese tipo de cubo, conectado a un ordenador. Usted ha resistido seis. Tiene usted una fuerte imagen del mundo.

Ella le había estado observando para ver cómo reaccionaba a aquello. No se sorprendió al ver que lo aceptaba fácilmente.

- Hubiera tenido que saberlo - dijo él -. Hubiera debido pensar en ello. Fueron sólo seis horas aquí fuera, y más de un año para mí. Los ordenadores piensan rápido. ¿Por qué no me di cuenta de ello?

- Yo ayudé a que no lo viera - admitió ella -. Como la forma en que lo incité a para que no se preguntara acerca del porqué estaba estudiando tan intensamente. Esas dos órdenes trabajaron mucho mejor que algunas de las otras órdenes que le di.

Bostezó de nuevo, un bostezo que pareció eterno.

- Mire, fue bastante duro para mí mantener el contacto con usted durante seis horas ininterrumpidas. Nadie lo había hecho antes; puede ser terriblemente agotador. Así que ambos hemos conseguido algo de lo que podemos estar orgullosos.

Le sonrió, pero su sonrisa se borró cuando él no se la devolvió.

- No adopte esa expresión tan dolida, Fingal. ¿Cuál es su nombre de pila? Lo sabía, pero lo borré en los primeros momentos.

- ¿Importa?

- No lo sé. Seguro que tiene usted que comprender por qué no me he enamorado de usted, aunque sea usted una persona a la que una puede perfectamente querer. No he tenido tiempo. Han sido seis horas muy largas, pero pese a todo han sido sólo seis horas. ¿Qué puedo hacer por usted?

El rostro de Fingal estaba atravesando una serie de cambios a medida que asimilaba todo aquello. Las cosas no estaban tan mal, después de todo.

- Podría venir a cenar conmigo - dijo.

- Ya estoy ligada sentimentalmente a otra persona, tengo que advertírselo.
- Pero puede venir a cenar igualmente conmigo. No se ha dado cuenta de mi nueva determinación. En realidad, soy otra persona.

Ella se echó a reír cálidamente y se levantó. Tomó la mano de Fingal.

- ¿Sabe?, es posible que incluso tenga usted éxito. Eso sí, no vuelva a ponerme alas, ¿de acuerdo? Nunca va a conseguir nada de ese modo.
- Se lo prometo. Ya he tenido bastante de visiones... para el resto de mi vida.